
LA ALBORADA
AÑO VII
NÚM. 257
MONTEVIDEO.
FEBRERO 15 DE 1903
CARRERA PRESIDENCIAL
J. Olivellas
Voces desde el palco. - La yeguita es de tiro corto y va
Parece increíble que el «pastor» se aguante tanto. Ya le lleva un pescuezo adelante

Leonor

POR CARLOTA BRAEMÉ

que guardando un fiel parecido á la infortunada Margarita, le hacia recordar la muerte de ésta y la de su desventurado amigo. así es que, cuando el inválido militar divisó á Shelton, estación la más cercana á la propiedad en que vivía su esposa, estaba verdaderamente ansioso por llegar á su casa. Pero si grande fué la alegria que experimentó al abrazar á su mujer, no fué menos el asombro y temor demostrado por la señora Lester, cuando lo vió llegar acom pañado de la nodriza y la niña; pero era tanto el cariño que profesaba á su marido, que dejándose llevar de la natural satisfacción y alegría al volverlo á ver. lo abrazó á su vez con verdadero apasionamiento.

—¡Oh! querido esposo mío, exclamaba loca de contento. Bendito mil veces sea Dios, que me concede la dicha de verte, y l ego, al mirar la manga que colgaba del hombro de coro el, continuó diciendo con ternura: ¡Ay! amigo mío, ¡cuánto pesar me causa el no haber estado á tu lado para cuidarte!

El coronel, muy conmovido, besó repetidas veces á su esposa y exclamó:

—¡Oh! sí, lo sé, pero ahora no hay para qué pensar más en eso. Dios mediante no nos separaremos más, y gozaremos juntos de las caricias de este ángel que traigo conmigo.

Y hablando asi, señaló á la niña que la nodriza tenía en sus brazos.

—¿Y de quién es ese ángel, como lo llamas? preguntó la esposa con tono de voz indefinible.

Una expresión de profunda tristeza se ibujó en el semblante del coronel. Par - cíale ver el inanimado cadáver de Margarita en su lecho de muerte, y al ensangrentado y casi expirante Wilton, tendido en el campo de b talla suplicándole no abandonara á su hija. Por fin, moviendo la cabeza como si quisiera arrancar sombríos recuerdos de su imaginación, murmuró con tristeza.

—Esposa mía, bástete saber que amo á esa criatura y por lo tanto debes amarla también,.. y después de una ligera pausa continuó: Su historia es triste, muy triste y no teniendo ánimo en este momento para referírtela, la aplazo para otra ocasión.

—Bien, c mo quieras, repuso la señora Lester con frialdad, pero recuerda que ni siquiera me has dicho su nombre.

—Se llama Bibiana Wilton, y la he adoptado por hija, dijo el coronel con firmeza.

¿Qué dices, que la has doptado por hija? exclamó la señora ponién ose densamente pálida, eso no quiere decir que yo haga lo mismo.

—María, dijo el coronel, pues este era el nombre de su esposa, creí que entre nosotros no existió jamás diferencia de pareceres.

—Pero ¿de quién es esa niña. y por qué la has adoptado? insistió la esposa mortifica a por los celos.

—Es la hija del capitán Wilton, que expiró en mis brazos en la sangrienta batalla de Gal nza, mientras que su madre, aquella misma mañana pagó con su existencia el darla á luz. Y la he adoptado, porque mi amigo al morir me pidió que velara por su hija.

La señora Lester permaneció silenciosa, y después, con aire de duda, preguntó:

—¿Por qué no me has dicho nada en tus cartas?

En verdad, ni aun para el mismo coronel, eran suficientes las razones que pudiera dar en excusa de su extraño silencio, y por eso, sin contestar directamente á la pregunta de su mujer, muy conmovido respondió gravemente:

—¡Ah, esposa mía! si hubieras visto morir á su madre, si como yo hubieras escuchado las angustiosas frases de su padre, agonizante en el campo de batalla ¡cómo la amarías!

La triste solemnidad de sus palabras, la lúgubre expresión de su rostro, conmovieron de tal modo á la señora Lester, que casi sollozando, contestó á su marido.

—No comprendes esposo mío, que estaba celosa, ¡oh, cuán poco conocen los hombres el corazón de la mujer que aman!

—¿Quieres que la nodriza se llev á la niña? balbuceó el coronel con marcado acento de temor, por la contestación que pudiera recibir de su esposa.

—No, replicó ésta con viveza, la has adoptado y á mi me toca ahora cumplir con mi deber para con esa criatura; y toman do la huérfana de los brazos del ama, la besó varias veces.

—¿Entonces, la amarás? exclamó el coronel con alegría.

—Trataré al menos de complacerte, aunque no te lo promento.

Esto era cuanto deseaba el militar, y como si con las últimas palabras pronunciadas hubieran llegado á un acuerdo, ambos esposos cambiaron de conversación comenzando el coronel á contar á su mujer las muchas penalidades que había sufrido en la campaña.

La señora Lester, no obstante, nunca llegó á amar á Bibiana, y aunque siempre la trató con cariño, aquella falta de afecto por parte de su madr adoptiva, influyó sin duda en gran manera en los muchos infortunios de la que más tarde fué condesa de Lin.

CAPITULO XIV

Apacibles y risueños transcurrieron los primeros diez y siete abriles de la niña Bibiana. que creció entre corrientes de opuestos sentimientos. Por una parte, su madre adoptiva aunque cumplía con todos los deberes para con la niña, estaba muy distante de profesarle un verdadero cariño; mientras que el coronel, llegó á quererla tanto que Bibiana constituyó para él una parte de su existencia. La joven creció bella, graciosa, llena de vida y animación, y heredó el amoroso y apasionado corazón de su malograda madre. Por eso, Bibiana, amaba al coronel con toda la impetuosidad de su alma; y respecto á la señora Lester, sin saber por qué, experimentaba hacia ella un sentimiento de repulsión, que siempre le servía de excusa

INTERESA

A los señores fotógrafos de profesión y á los aficionados que envíen á la Redacción de LA ALBORADA fotografías sobre algún asunto de interés y de palpitante actualidad, se les abonará CINCUENTA centésimos por cada prueba publicada.

Las fotografías deberán enviarlas á la Redacción de LA ALBORADA, teniendo en cuenta que deben entregarlas antes de la una de la tarde de los Miércoles.

Al pie de cada fotografía se publicará el nombre de su autor.

CARNAVAL DE 1903

A LAS COMPARSAS

Se les hace saber que si desean aparecer en este periódico, deben pasar por la calle Uruguay 359, entre Rondeau y Guareim, casa del fotógrafo oficial de LA ALBORADA, señor Ramón Blanco.

Durante los días de Carnaval el señor Blanco estará á las órdenes de los Presidentes de las sociedades carnavalescas.

AÑO VII

LA ALBORADA

NUM. 257

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO SALOM | REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ | DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA | ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: Daymán, 52 | Montevideo, febrero 15 de 1903 | Suscripción anual adelantada: $ 5

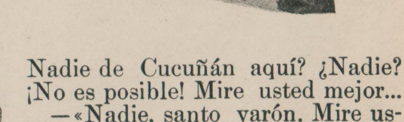


JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ.—PROCLAMADO CANDIDATO Á LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA POR LA MAYORÍA PARLAMENTARIA

El cura de Cucuñan



Todos los años, por las Calendas, los poetas provenzales publican en Aviñón un regocijado libro lleno hasta los bordes de versos hermosos y de bonitos cuentos. Acábame de llegar el de este año, y en él encuentro un adorable cuento en verso, que voy á tratar de traduciros abreviándolo un poco... Parisienses, preparad vuestras canastas. Esta vez se os va á servir fina flor de harina provenzal.



—

El abate Martín era cura... de Cucuñán.

Bueno como el pan, franco como el oro, amaba paternalmente á sus cucuñanenses. Cucuñán hubiera sido para él el Paraíso en la tierra si los cucuñanenses le hubiesen, dado un poco más de satisfacción. Pero, si ¡ay! las arañas tejían en su confesionario, y en el hermoso día de Pascua las hostias permanecían en el fondo de su sagrado copón. El buen sacerdote tenía lacerado el corazón con esto, y no cesaba de pedir á Dios de contínuo la merced de no morirse antes de haber vuelto al redil su descarriado rebaño.

Pues bien, vais á ver cómo Dios le oyó.

Un domingo, después del Evangelio, el señor Martín subió al púlpito, y dijo:

«Hermanos míos, creédme, si queréis: la otra noche, ¡mísero de mí, pecador!, me hallé á las puertas del Paraíso.

«Llamé; ¡abrióme San Pedro!

—«¡Caramba! ¿Es usted, mi buen señor Martín?—me dijo.—¿Qué buen viento le trae por acá? ¿En qué puedo servirle?

—«Buen San Pedro, Vmd. que tiene el gran libro y las llaves, pudiera decirme (si no peco de curioso en demasía), ¿cuántos cucuñenses tienen ustedes en el Paraíso?

—«No puedo negarle nada, señor Martín: siéntese, vamos á ver la cosa juntos.

«Y San Pedro cogió su abultado libro, lo abrió y se puso las antiparras.

«Veamos un poco: ¿Cucuñán, decimos? Cu... Cu... Cucuñán. Aquí está. ¡Cucuñán!... Mi buen señor Martín, toda la página está en blanco. ¡Ni una alma!... No hay aquí más cucuñanenses que espinas en una pava.

—«¡Cómo! Nadie de Cucuñán aquí? ¿Nadie? ¡No es posible! Mire usted mejor...

—«Nadie, santo varón. Mire usted mismo, si piensa que me burlo.

«Yo ¡por vida! hería el suelo con los pies, y juntando las manos, clamaba misericordia. Entonces, San Pedro dijo:

—«Créame, señor Martín, no hay que tomarse tanta desazón, pues podría darle un arrebato de sangre. Después de todo, usted no tiene la culpa. Mire, sus cuñañenses de seguro que deberán estar pasando su cuarentenilla en el purgatorio.

—«¡Ah! ¡Por caridad, excelso San Pedro, haga Vmd. que á lo menos pueda verlos yo y consolarlos!

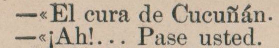
—«Con mucho gusto, amigo mío... Mire, cálcese pronto estas sandalias, porque los caminos no están nada buenos... Bien... Ahora camine en derechura. ¿Ve usted allá abajo, en el fondo, á á la vuelta? Pues allí encontrará usted una puerta de plata, llena de cruces negras... Llame, y le abrirán. ¡Adiós! Consérvese tan sano y tan guapo.

—

«Y anduve... anduve! ¡Vaya un trajín! Carne de gallina se me pone, sólo de pensarlo. Un senderito lleno de cambroneras, de carbunclos relucientes y de culebras que silbaban, me llevó hasta la puerta de plata.

—«¡Tan, tan, tan!

—«¿Quién llama? me dijo una voz ronca y quejumbrosa.



—«El cura de Cucuñán.

—«¡Ah!... Pase usted.

«Entré. Un ángel grande y hermoso con las alas oscuras como la noche y un traje talar resplandeciente como el día, con una llave de diamante colgando al cinturón, escribía *cra cra*, en un libro te más gordo que el de San Pedro...



—«Acabe pronto. ¿Qué quiere usted y qué pregunta?—dijo el ángel.

—«Bello ángel de Dios, quiero saber (si no peco tal vez de curioso, si tienen ustedes aquí á los cucuñanenses.

—«Los...?

—«Los cucuñanenses, las gentes de Cucuñán... Que soy yo su párroco.

—«¡Ah! El abate Martín, ¿no es eso?

—«Para servir á Vmd., señor ángel.

—

—«Decía usted que Cucuñán...

«Y el ángel va y abre su gran libro, mojando el dedo en saliva para que las hojas corran mejor...

—«Cucuñán—dice, exhalando un largo suspiro.—Señor Martín, en el purgatorio no tenemos á nadie de Cucuñán.

—¡Jesús, María y José! ¡Nadie de Cucuñán en el Purgatorio! ¡Santo Dios! Pues ¿dónde están?

—«¡Eh, santo varón! Estarán en el Paraíso. ¿Dónde diantres quiere usted que estén?

—«¡Pero si vengo de allí, del Paraíso!...

—«¿Qué viene usted de allí? Bueno ¿y qué?

—«Bueno ¿y qué?... ¡Que no están allá!... ¡Ah, Santa Madre de los ángeles!

—«¿Qué quiere usted, señor cura? Si no están en el Paraíso ni en el Purgatorio, ¡qué duda tiene! están en el...

—«Santísima cruz! ¡Jesús, hijo de David! ¡Ay, ay, ay! Es posible?... ¡Habrá mentido el gran San Pedro?... ¡Sin embargo, no he oído cantar el gallo!... ¡Ay, pobres de nosotros! ¿Cómo he de ir al Paraíso, si allí no están mis cucuñanenses?

—«Oiga, mi pobre señor Martín, puesto que se empeña, cueste lo que cueste, en estar bien seguro de ello, y ver por sus propios ojos lo que haya, tome usted esa senda y ande á buen paso, si sabe correr... A la izquierda encontrará un gran portal. Allí le darán razón de todo. Váyase con Dios!

«Y el ángel cerró la puerta!

—

«Era un largo sendero, empedrado todo él de brasas rojas. Tambaleábame, como si hubiese bebido; á cada paso un tropiezo. Iba chorreando agua; en cada pelo de mi cuerpo había una gota de sudor, y jadeaba de sed... Pero, á fe mía, gracias á las sandalias que me prestó el buen San Pedro, no me abrasaba los pies.

«Así que hube dado muchísimos pasos rengueando, vi á la mano izquierda una puerta... no un portón, un enorme portón, abierto de par en par, como la puerta de un gran horno. ¡Oh, hijos míos, qué espectáculo! Allí no me preguntan mi nombre, allí no hay registro. Por hornadas, y con puerta franca, éntrase allá, hermanos míos, lo mismito que entráis vosotros el domingo en la taberna.

«Sudaba yo la gota gorda, y sin embargo estaba yerto, escalofriado. Poníanseme los pelos de punta. Olía á chamusquina, á carne asada, algo así como el olor que se difunde por nuestro Cucuñán cuando el albéitar Eloy quema el casco de un burro viejo al herrarlo. En aquel aire pestífero y caluroso me quedaba sin aliento; oía un clamor horrible, gemidos, aullidos y juramentos.

—«¡Vamos, tú! ¿Entras ó no entras?—me dijo un demonio cornudo, pinchándome con su tenedor.

—«¿Yo? no entro. Soy amigo de Dios.

—«¿Conque eres amigo de Dios?... ¡Eh, bribón de tiñoso! ¿Qué vienes á hacer aquí?...



—«Vengo... ¡Ah, no me hables de eso, que no puedo ya tenerme en pie... Vengo... vengo de lejos... á preguntarle á usted humildemente... si... si, por casualidad... hay aquí... alguno... alguno de Cucuñán...

—«¡Ah, fuego de Dios! Te haces el tonto, como si no supieras que todo Cucuñán está aquí. Mira, cuervo feo, mira y verás cómo apañamos aquí tus famosos cucuñanenses...

—

«Y en medio de un espantoso torbellino de llamas, ví:

«Al larguirucho de Coq-Galine (todos le habéis conocido, hermanos míos); Coq-Galine, aquel que se emborrachaba tan á menudo y con tanta frecuencia sacudía las pulgas á su pobre Clairon.



«Vi á Catarinet... aquella mendiga pequeña... con su nariz al aire... que dormía sola en el hórreo... ¿Os acordáis, tunantones?... Pero, chito; he dicho lo bastante...

«Vi á Pascal Doigt-de-Poix, que hacía su aceite con las olivas del señor Julián.

«Vi á Babet,



la espigadora, que al espigar, para atar más pronto su gavilla, roba á puñados en los montones de haces.

«Vi al maestro Grapasi, que aceitaba tan bien la rueda de su carretón.

«Y á Delfín, que vendía tan cara el agua de pozo.

«Y al Tortillard, que cuando me encontraba llevando el santísimo, seguía como si tal por su camino, calada la gorra en su cabeza y con la pipa en el morro, y orgulloso como Artabán... cual si hubiese topado con un perro.

«Y á Coulau con su Zette, y á Santiago y á Antonio...»

—

Conmovido y pálido de miedo, gimió el auditorio al ver en el infierno, abierto de par en par, quién á su madre, éste á su abuela, estotro á su hermana.

—«Ya comprenderéis, hermanos míos—prosiguió el abate Martín—ya comprenderéis que esto no puede continuar así. Tengo cura de almas, y quiero ¡quiero! salvaros del abismo adonde todos estáis en vías de rodar cabeza abajo. Mañana pongo manos á la obra, mañana mismo, sin tardar. ¡Y no faltará qué hacer! He aquí como voy á arreglármelas. Para que todo ande bien, hay que hacerlo todo con órden. Iremos en filas, como en Jonquières cuando hay baile.

«Mañana, lunes, confesaré á los viejos y viejas. Esto no es nada.

«El martes, á los chiquillos. Pronto acabaré.

«Miércoles, los mozos y las mozas. Esto podrá ser largo.

«Jueves, los hombres. Cortaremos por lo sano.

«Viernes, las mujeres. Diré: ¡nada de chismes!

«Sábado, ¡el molinero!... No es mucho un día solo para él!...

«Y si el domingo hemos acabado, seremos muy felices.

«Ya veis, hijos míos; cuando el trigo está maduro, hay que segarlo; cuando el vino está echado, hay que beberlo. Basta ya de ropa sucia; se trata de lavarla, y de lavarla bien.

«Esta es la gracia que á todos os deseo. *Amén.*»

—

Dicho y hecho. Hubo colada de lejía.

Desde aquel memorable domingo, el aroma de las virtudes de Cucuñán se respiraba á diez leguas en contorno.

Y el buen pastor, señor Martín, dichosote y lleno de regocijo, soñó la otra noche que seguido de todo su rebaño, subía el clarísimo camino de la ciudad de Dios, en resplandeciente procesión, en medio de los cirios encendidos, de una nube de incienso que embalsamaba, y de las niñas de coro cantando el *Te Deum.*

Y hete aquí la historia del cura de Cucuñán, tal como me ha mandado contárosla ese gran tunante de Roumanilli, quien la sabía á su vez por otro buen compañero.

ALFONSO DAUDET.

Los pescadores de sirenas

Péscame una, ¡oh egipán pescador! que tenga en sus escamas radiantes la irisada riqueza metálica que decora los admirables arenques. Péscame una, cuya cola bifurcada pueda hacer soñar en el pavo real marino, y cuyos costados finos y relucientes tengan aletas semejantes á orientales abanicos de pedrería; péscame una que tenga verdes los cabellos, como debe tenerlos Lorelai, y cuyos ojos tengan fosforescencias claras y mágicas chispas; cuya boca salada bese y muerda, cuando no cante las canciones que pudieran triunfar de la astucia de Ulises: cuyos senos marmóreos culminen, florecidos de rosas, y cuyos brazos como los albos y divinos pithones, me aten para llevarme á un abismo de ardientes placeres, en el país r condito en donde los palacios son hechos de perla, de coral y de concha de nácar.

Mas esos dos sátiros que se divierten en la costa de alguna ignorada Lesbos, Tenge ó Amatunte, son ciertamente malos pescadores. El uno, viejo y fornido, se apoya en un grueso palo nudoso. Este saca la red y no parece muy satisfecho de su pesca. De la red, de los cabellos de la sirena, chorrea el agua formando en el mar círculos concéntricos. Sobre las testas bicornes y peludas, se extiende el beso del día, un fresco follaje, mientras reina en su fiesta de oro, sobre nubes, tierra y olas, la antorcha del Sol.

RUBÉN DARÍO.

Primavera

—

PARA F. GENTILUÓMO.

—

Derramada la blonda cabellera
Sobre la espalda en crenchas caprichosas,
Con girones celestes de la esfera
Cubiertas las turgencias voluptuosas,

Surge triunfal la bella Primavera
Despertando las ondas rumorosas,
De esmeraldas bordando la pradera
Y el horizonte de ópalos y rosas.

En sus nidos los mágicos zorzales
Con cascadas de ritmos divinales
Pueblan los senos de la selva umbría.

Abren sus broches las brillantes flores
Y envuelve el sol en tibios resplandores
La soberana magestad del Día!

BERNABÉ DURÁN ARENAS.

J. Braña

Un gladiador uruguayo

J. Olivetta

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

Arturo Prats

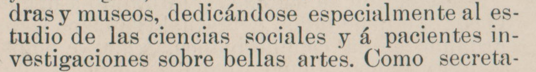
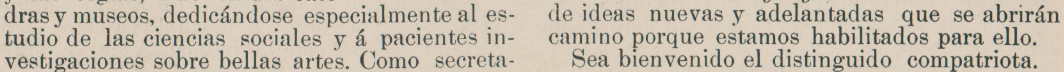
SU LLEGADA

Después de una permanencia de tres años en el viejo continente, ha regresado á la patria el señor Arturo Prats, elemento valioso y preparado que en el extranjero ha hecho honor al país que representaba. Estudioso por instinto y convicción, animoso y entusiasta sin que alberguen en su mente poética quimeras ni ensueños irrealizables, Arturo Prats es, más que nada, un hombre práctico y un generoso paladín cuando se trata de su patria en tierra extraña. Si antes la amaba, en la ausencia ha aprendido á idolatrarla, y ese fervor lo ha exteriorizado una y mil veces en sus trabajos y correspondencias, á menudo publicados en los diarios de la capital. En su primer viaje á Europa permaneció tres años y medio en París, pero no en el París del boulevard y las orgías, sino en las cátedras y museos, dedicándose especialmente al estudio de las ciencias sociales y á pacientes investigaciones sobre bellas artes. Como secretario del Dr. Juan Cuestas, tuvo ocasión de asistir al Congreso Pan Americano últimamente celebrado, escribiendo con tal motivo una conceptuosa obra que publicará en breve intitulada: *La Historia del Congreso Pan Americano de Méjico*. Tanto en Europa como en Estados Unidos todas sus energías han tenido solo una tendencia noble y elevada: enaltecer la patria y borrar la idea pobre que de nosotros se tiene. Y aunque la obra es de varones, porque por desgracia mucho elemento rústico y desencuadernado se ha albergado en nuestras legaciones y consulados, la propaganda de Prats, llena de datos estadísticos irrefutables, ha demsstrado palmariamente lo que valemos como nación civilizada, industrial y productora. En su folleto «*El Uruguay*», desarrolla una serie de ideas nuevas y adelantadas que se abrirán camino porque estamos habilitados para ello.



Arturo Prats

Sea bienvenido el distinguido compatriota.

Norberto Acevedo Díaz

SU FALLECIMIENTO

Una enfermedad larga y destructora ha acabado, en medio de grandes sufrimientos, con la vida del ciudadano Norberto Acevedo Díaz, perteneciente á la redacción de *El Nacional*. Su muerte ha causado sentida conmoción en el seno de nuestra sociedad por las prendas personales que lo adornaban, que hacían de él un ciudadano íntegro fundido en el crisol de las grandes virtudes.

Afiliado al partido nacionalista desde sus primeros años, batalló con denuedo por el triunfo de su causa, distinguiéndose en varias acciones guerreras como soldado valeroso. Cuando la invasión del general Timoteo Aparicio, Norberto Acevedo Díaz, que en ese tiempo, en el diario *El Ferrocarril* hacía sus ensayos en el periodismo, fué de los primeros que corrió al campo revolucionario, recibiendo en el combate de la Unión una herida de bastante gravedad. Algo restablecido de su dolencia, se le confiere, en mérito á sus servicios, el grado de subteniente, con el cual se incorpora al escuadrón «Guías de Olid», comandado por el coronel Rafael L. Formoso y sargento mayor Miguel Yarza.



Norberto Acevedo Díaz

En el combate del Arroyo del Sauce, su bizarro comportamiento le valió los despachos de ayudante mayor, grado con que se le incorporó al cuadro veterano de los capitanes de línea. Hombre modesto y sin ambiciones, inmediatamente después de firmada la paz de Abril se retiró tranquilamente á la capital, sin que las grandes jornadas hubieran modificado en nada su espíritu bien templado. En el año 1897 trocó por tercera vez la vida tranquila de familia por la azarosa del soldado, renunciando á su bienestar ya que, siguiendo sus convicciones, causas mayores lo exigían, y se incorpora de nuevo bajo la bandera revolucionaria. En la redacción de «El Nacional», donde lo ha sorprendido la muerte, supo distinguirse por su sensatez y por los buenos sentimientos que lo animaban. A su sepelio efectuado el martes de la corriente semana asistieron representantes de todas las colectividades políticas, la que es una elocuente demostración de la general estima con que el extinto contaba.

Paz en su tumba!

La Redacción.



A la señorita Jacinta Horne.

Nina y Camilo hace poco más de un año que se han casado; ella ha cumplido los dieciséis, es una niña grande hecha señora porque sí, por la conveniencia de sus padres, buenos burgueses, y la inconciencia infantil de una mujer que no sabe nada de la vida, ni ha sentado el juicio, ni conoce más afectos que su muñeca y sus charlas de colegiala caprichosa; sin embargo, ya es madre, y embutida dentro de su batón rosado, de seda y encajes, parece una niña precoz que juega «á las señoras». Él, frisa en los veintisiete años, es muy juicioso, muy serio, habla poco. Es abogado. Ha pasado sus mejores años entre libros y aulas, y tiene pocas nociones de sociedad y esbozos ligeros de los cariños de la mujer. Se ha casado con aquella traviesa, por consejo de sus padres y complacencia suya; si á su edad se hubiera echado á la conquista de la bella mitad, hubiera sido el más ridículo de los tontos. Ese era el por qué de aquel matrimonio extravagante.

Han terminado de almorzar, y ahora están en el dormitorio, una alcoba que tiene la severidad del hombre serio en los muebles pesados y lisos, y la churriguerresquería de *toilet* de la mujer que no es mujer ni es chiquilina, quizás las dos cosas, y que aún tiene muñecas y cintas, y le entusiasman los adornos fútiles y los colores chillones.

Nina, con su hijo de pocos días en las faldas, habla y ríe, ríe y habla, apresuradamente, sonora, fresca, bullente como una copa de champagne recién servido.

Camilo (asombrado)—¿Qué tienes hoy? Se te ha puesto el vino alegre... Has tomado demasiado en la mesa.

Nina—Tres copas, ¿te parece mucho?.. No es tanto... Es que no sé... tengo muchas ganas de reir... muchas... todo me da vueltas... (Riendo á carcajadas) ¡Tú bailas, tú bailas, sí, yo te veo!.. Pareces el oso del circo...

(El chico se ha puesto á llorar, asustado de las carcajadas de su madre).

Nina (mirándole la cara)—¿Pues no se ha puesto á llorar otra vez? Toma tu muñeco, yo no lo quiero. No sabe más que berrear, berrear, aturde con sus gritos... ¡Todo baboso, tan feíto, tan feíto!.. (Retirándolo rápidamente de las faldas) ¿Ves? ¿Ves lo que me ha hecho? ¿No lo decía? (Limpiándose con el pañuelo) ¡Qué porquería, me ha echado á perder el vestido nuevo!.. (Alargándoselo á su marido. Este hace un signo de fastidio y lo rechaza) ¡Ah! ¿tú no lo quieres? Pues yo tampoco... ¡Juana! ¡Juana! (Aparece Juana) Tome, lléveselo, lléveselo... (La sirvienta lo toma entre sus brazos y se lo lleva á la cuna blanca, que parece el ajuar de la noche de bodas, abandonado aún por la novia á los pies de la cama nueva. Nina sigue frotándose el vestido con el pañuelo; mientras, habla) ¡Uf! ¡Qué calamidad, Dios mío! Le hago un cariño, le pongo ahupa en mis rodillas á ver si se ríe y le puedo pasar un poquito, nada más que un poquito, ¿sabes?.. tanto así (encarama un dedo sobre el extremo de una uña) y ya se regaña todo, hace pucheros... pucheros... y rompe á llorar como un maldito... Parece que le hubiera pegado... Y á la verdad, que á veces me vienen ganas de acomodarle unas buenas!.. Es insufrible... Así son todos ustedes... impertinentes... desde chicos... En cambio, la mía, (coje una muñeca que está al alcance de su mano) mi *Pouppé*. tan limpia, tan decentita, tan mona... Nunca llora... Y habla, ¡fíjate, fíjate lo que dice! (Le toca el resorte y dice papá y mamá). ¡Ay qué rica, mírala!.. ¿Quién es tu mamá? ¿Yo, verdad?.. ¡Ay qué rica!.. ¿Y tu papá... quién es tu papá? Dí, ¿quién es?.. (Camilo se marcha furioso, cerrando con fuerza la puerta y murmurando por lo bajo:—Es una chiquilina...).

—Mejor, que se marche... (Mirando á la muñeca): ¡Te tiene rabia, pobrecita! (El chico sigue gritando en la camita blanca. Nina se impacienta y llama) ¡Juana, Juana!.. ¿estás sorda?

Juana (que llega):—¿Señora?

Nina—¿Te gustan los chicos? Dí, ¿te gustan?

Juana (sorprendida)—A mí, señora...

Nina (con impaciencia)—Sí, á tí, ¿qué te sorprende?.. Yo te doy el mío... yo no lo quiero... no me gusta... Si lo quieres, llévatelo, boba; no tengas vergüenza... yo te lo regalo...

Juana (vacilante)—Para qué... para qué lo quiero...

Nina (hace un mohin de fastidio con los labios)—No sé para qué los traen tan chicos; si fueran grandes, todavía!.. (Resuelta) ¡Qué embromar! ¡Yo tampoco lo quiero!.. Dáselo al basurero cuando pase...

Juana—Señora, usted no debe sentirse bien... ¿por qué no se acuesta? (Le coje respetuosamente de un brazo) Acuéstese... señora... acuéstese. (Ella le sigue. Ríe á carcajadas como una loca. Camina con abandono, los nervios flojos, las manos caídas, arrastrando las botinas sueltas, las cintas colgando... No es ella ahora la que ríe, es el vino que le alegra las mejillas y le entreabre los labios. Llega á la cama y se echa así como está, á lo largo, boca arriba. Luego deja de reir, y se queda callada mirando el techo con sus ojos azules y serenos como lagos muertos. Piensa... De pronto, doblándose como una voluptuosa, exclama, poniendo sobre sus mejillas rojas y ardientes como una flor de carne, sus dos manecitas de niña de quince años:

—¡Qué gracioso! ¡El muñeco ese berreando en el tarro de la basura!..

Y la espuma del champagne de su alegría, desborda á torrentes por la copa de su boca, empujada por aquella otra espuma de aquel otro champagne que le trastorna allí dentro con sus cosquillas, su cerebro y sus nervios, y su organismo todo de pobre muñeca de carne...

MANUEL MEDINA BETANCORT.

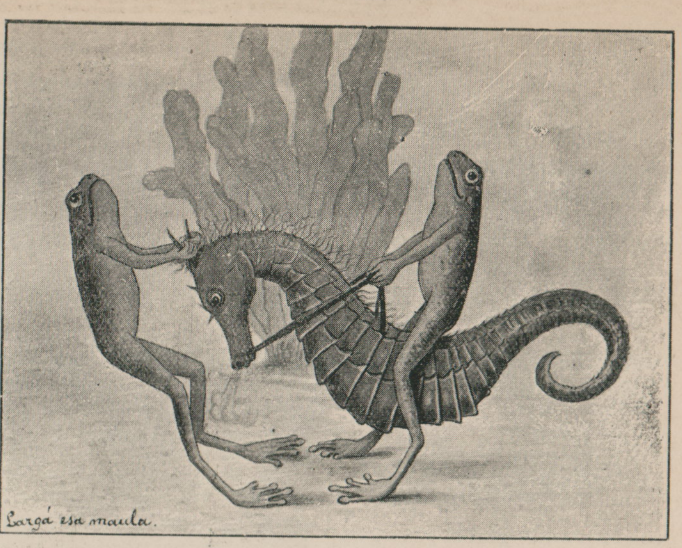
Nostalgia

Pero, ¿qu'es lo que tiene, compañero?
¿Por qné no canta ya milongas de esas
picantes como ají?
¿Como es que su guitarra s'ha dao güelta,
y en vez de rair como muchacha linda,
áhura parece vieja
que está lloriqueando en un velorio?..
A ver, pues, si se deja de tristezas,
pues cualquiera que l'oiga
por más guapo que sea,
al oir esas décimas tristonas
ha de llorar por juerza!
¡Si parece presona su guitarra,
que llora y se lamenta!
Y su voz, á la fija, que es lo mesmo
que la de Santos Vega.
aquel payador lindo,
aquel de tantas mentas,
del que cuentan los gauchos antigualla,
que pa que lo vencieran,
jué preciso que el Malo se costiase
hasta el rancho de Vega!
—Yo no sé como canto, amigo viejo,
solo sé que la pena
ha puesto su nidal dentro de mi alma
así que murió ella.
¡La linda morochita de ojos negros!
¡La paisana más güena
q'ha habido en estos pagos,
y hasta en la pampa entera!
¡Ay, amigazo viejo! Yo la vide
poco después de muerta
en el mesmo ranchito ande yo iba
pa conversar con ella,
dentro un cajón de pino,
alumbrao por dos velas,
con sus manitas puestas sobre el pecho,
lo mesmo que si juera
un angelito d'esos que tie el padre
adornando la iglesia!
Me acerqué despacito á la dijunta
y corté de sus trenzas
unos cabellos que guardé en el seno!..
Dempués por vez primera
besé aquella boquita de ricura
y me dentró una pena;
que s'atoró en mi alma, compañero,
y d'ahí no ha de salir hasta que muera!
. . . .
Y ahí tiene por qué llora mi guitarra
y por qué son mis décimas,
triste como el amor que sufre y calla,
como campo arrasao por la tormenta,
como la pampa pobre y solitaria
en noche sin estrellas!

JULIO CASTELLANOS.

Febrero de 1903.

AGARRATE CATALINA...







Al compás de la sonata

Bajo el áureo centelleo de la luz calla la orquesta—Y alza el piano una sonata que es el alma de Chopín.—Resplandecen los salones, la terraza está de fiesta, —Y el rumor del baile acaba sobre el triunfo de un vaivén. — Al compás de la sonata se suspende el movimiento—Y el palacio entre la sombra, como un encantamiento, — Se ve mágico brillar —La estación en la floresta cuelga un palio de botones,—Salta el chorro de una fuente, y en los rígidos pilones—Cae la luna especular. — Ruben dice: — Mi alma triste se va hundiendo en el hastío.—Si es verdad que te aprisiono y en mis brazos te rendí,—Rubia y virgen, quiero darte por la paz que en vano ansío—Los deseos, las las tristezas, los tormentos que que hay en mí.—Y al compás de la sonata que solloza ante la fiesta—Va cruzando el gran silencio de la sombra en la floresta,—Y se le oye murmurar.—¡Soberana de los sueños que en mi espíritu atesoro, — Bailaremos alejados del temblor de seda y oro,—Con la blanca luz lunar.—Es tu beso un nudo horrible, ¡oh, diabólica princesa! —Ya tu boca ardiente y húmeda mi deseo enloqueció,—Con inquieto golpe ritma la pasión mi sangre opresa,—Y tú estás alegre, y ries con igual risa que yo.—Al compás de la sonata Ruben danza en el sendero.—Y del vértigo en que gira con su dama el caballero—Se alza súbito clamor. —Es fantástica la ronda, y en la charla entrecortada—Va la risa acelerando la sonora carcajada—Que remeda el surtidor.—Al fin torpe el pie resbala con los giros desiguales, —Mientras tiernamente mue re la sonata de Chopín.—Rompe el golpe en los pedruscos, y se quiebra en cien cristales—La botella de champaña que es la amada de Ruben.



María Elena Pareja

Blanca Saavedra



Angelina Salvañach



Julia Martínez Navia

J. C. MOLINA MASSEY.

Ave Maria

¡Ave María! ¡Llena de gracia!
Tiene tres lustros, ojos de antílope,
mirada de astro, sonrisa de ángel,
boca de perlas y de rubíes.
Tez de durazno que incita al diente
con sus peluzas y sus carmines,
barba de huyuelos crenchas de oro,
frente de musa, cuello de cisne.
Pechos de estátua que el tul descubre,
altos redondos, blancos y firme,
una belleza pagana y prócer
y en ella el lampo de una alma virgen.
Los que se arrastran no te conocen,
eres estrella, no ames reptiles,
que la hermosura, florón glorioso,
triufal corona, botón sublime,
debe ser lauro de la grandeza,
llámese genio, virtud ó crimen!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.



Sociedad "Los más amigos"

Celebrando su fundación, dió el 1.º del mes corriente la sociedad «Los más amigos» una fiesta campestre en la quinta del señor Delecio, situada en el barrio Nueva Roma.

En esta fiesta, como en todas las criollas, no faltó el asado con cuero, el jugoso asado de costillas, el mate amargo, la guitarra y sus estilos y milongas de contrapunto.



La sociedad y su estandarte



Señoritas que concurrieron á la fiesta

«Los más amigos» no desmintieron en nada su título en esta reunión inaugural, pues durante todo el día se mantuvieron sus coafiliados en un tren de franca y completa armonía.

Con motivo de la fundación se celebró la ceremonia de la bendición del estandarte que ha de servir de enseña á la sociedad, habiendo sido los padrinos y donadores el señor Sebastián S. Spanó y la señora Felicia Getter.

Hablaron el presidente de la sociedad don Eduardo Butula, que exhortó á los socios presentes por el buen mantenimiento del nombre, y agradeciendo además las atenciones de los padrinos del estandarte social, que con toda buena voluntad lo habían regalado. Clausuró los discursos el secretario Lucas Acuña con unas cuantas palabras improvisadas que le valieron la aprobación de todos los presentes.

Antes de terminar el festival, se organizó un animado baile con el concurso de varias señoritas que realzaron la reunión de «Los más amigos» con su presencia y que tenemos el agrado de publicar conjuntamente con el total de la sociedad.

Ya en retirada se dieron numerosos vivas, habiendo algunos también para nuestro semanario, que tenemos en estima.

La fiesta de la sociedad "Noche Buena"



Saciedad «Noche Buena»



Durante el almuerzo—*Insts. Ramón Blanco, Uruguay 359*

Magnífico resultó el paseo que los afiliados á ese centro celebraron, con todo derroche, el domingo 8 de febrero. A los primeros rayos del sol naciente, una numerosa comitiva, decidora y alegre, se dirigió á la conocida quinta de «Los Mellizos», situada en Punta Carretas, sitio que de antemano había sido elegido para formar campamento.

Improvisados los fogones, el cimarrón empezó á circular de mano en mano, mientras grandes trozos de asado con cuero tostaban al calor de las llamas sus carnes sanguinolentas y apetitosas. Al toque de rancho dado á las 12 en punto, todo cambió de aspecto, y una buena carga de mandíbula batiente acabó como por arte de encantamiento con el suculento banquete que se les ofrecía. Durante el transcurso de él hubo numerosos é inspirados brindis en honor del señor J. Prato, presidente de la nueva comisión, quien agradeció las muestras de simpatía de que era objeto. La tarde se pasó en pequeñas excursiones preparando el estómago para un nuevo ataque, pues los restos del enemigo habían sido reforzados por algunos jugosos costillares que fueron ultimados como sus anteriores compañeros de causa. El señor Ramón Blanco que asistió á la fiesta, galantemente invitado por la comisión, tomó para esta revista las fotografías que insertamos.

La canción de veinte años

12 de Mayo de 1902.

NOCHE... Y en tanto que afuera se destacan los relieves del suburbio como en un fondo de plombajina gris y soplan los soplos boreales, en tanto que se atropellan arriba las legiones de nubes y caen los raudos chorros de la lluvia; en tanto que el arroyo se aleja culebreando y se revuelcan á lo lejos los oleajes del mar; adentro, en la penumbra del cuarto desmantelado, el bohemio se siente unjido por el óleo misterioso del Arte, se finje ser como una jigante lira de veinte cuerdas... Vibra como una lira; y por la ventana que cruje, arroja á los espacios, virgen alada, la gran canción de sus veinte años!

Salve, suburbio triste y solitario en donde vivo! De tu seno impuro arranca mi inspiración: mis versos son tus hijos. Del antro de tus miserias surje mi musa libre, como surje del fango la mariposa espléndida y errátil! Salve, abandonado campamento de tugurios donde tengo el mío! En estas cornizas que los musgos roen, no anidan las golondrinan, pero picotean los pájaros azules... ¡Las golondrinas emigran cuando llega el invierno y los pájaros azules se tornan rojos! Salve, lecho eterno del eterno Job! La primavera no tiene para tí esplendores ni frescura, gorjeos ni perfumes: en cambio, el otoño te arrebata los últimos harapos y exhibe en plena desnudez tu carne, carne de prostíbulo y de cárcel, carne de clorosis y de tisis! Salve, horripilante «selva oscura» del hambre, de la sed y del frío! Floridos y hojosos, tus árboles son fantasmas; marchitos y desnudos, son esqueletos que levantan al cielo la crispada mano imprecatoria! Salve, sombrío camposanto de la felicidad social! Reina en tí la más honda, la más siniestra de las calmas; y tus ranchos miserables son extraños sepulcros de enterrados vivos! Salve, suburbio triste y solitario! Salve á tí!

Salve, soplo del Norte que empujas, como á latigazos, los enormes nubarrones oscuros y los vas amontonando sobre el plafón del horizonte y haciendo caer en cascadas fecundas sobre el seno sediento de la tierra! Salve á tí, que arrastras entre el vaivén de tus giros libertarios las vegetaciones resecas,—limbos amarillos, cálices rotos, corolas ajadas,—y vas haciéndolas cuajar en las hediondas sábanas del pantano para que formen el humus generador de las nuevas primaveras! Salve á tí, viajero infatigable, de gran turbante oscuro y cortador alfanje!

Salve, hijo de los hielos y trovador de las rocas! Tú vienes del Norte. Tú rujes y suspiras, y en tus rujidos como en tus suspiros, me traes remembranzas de otro tiempo: las calideces del desierto donde abrí los ojos, los olores del mar donde jugó mi infancia, la blancura de las arenas que holló mi adolescencia! Tú vienes del Norte, y parece que me hablaras de barcos deshechos contra las peñas, de minas aterradas, de apires y barreteros sepultados bajo su carga de piedras, de tristes cateadores estraviados, de cadáveres calcinados por el salitre, de roncos gritos de buitres que hunden su pico y sus garras en la carne putrefacta... Salve á tí, bóreas helado y revuelto, hermano del austro que llega á veces rujiendo del Sur!

Salve, nube jigantesca que el viento espolea en las alturas, y desgarra, y desfloca y arrebuja! En tu seno sombrío, al par del rayo que incendia, del relámpago que ciega y del trueno que aturde, vibran los gérmenes sagrados de la eterna vida! ¡Qué me places cuando despliegas tu clámide y cubres con ella la impasible cara mística de Selene! Porque eres de vapor y electricidad, y el vapor y la electricidad son los arriestes con que el genio de los siglos presentes derrumbó la bastilla de los viejos siglos, y las antorchas que alumbran los caminos á las conquistas de los siglos por venir! Salve á vosotras, nubes enormes que pobláis la atmósfera; hermanas de las nieblas sutiles del lago, de las inmensas brumas del océano y de las espesas camanchacas del desierto!

Salve, lluvia prolífica! Salve, agua bendecida, más fresca y pura que lo fuera la arrancada de la peña estéril por la vara del profeta! ¡Qué es verte cuando caes, rauda, sonora, implacable como una marea! ¡Qué es verte cuando ruedas por los viejos techos resecos, y te cuelas hasta los lechos donde se revuelca la miseria, hieres los bronquios de las guagas y engrillas con el reumatismo los músculos de los que luchan por la vida! ¡Qué es verte cuando goteas estalactitas fugaces de los follajes marchitos á donde se acogen las arañas negras y deformes! Cada gota de esas, es quizás un traicionero puñal asesino; pero quizás es también un futuro retoño, una flor, un árbol, un bosque entero cuajado de tesoros!

Salve, arroyo turbio y rumoroso que pasas entre breñas, arrastrándote, arqueándote, contando cosas imposibles, como si sintieras la verguenza de llevar en el movimiento de tu linfa la podredumbre del suburbio!—Salve á tí, en cuyas aguas beben su vida los batracios, entre cuyas lamas operan ellos su extraña metamorfosis!—Salve á tí, en cuya margen cabecean los sauces entristecidos, y suelen sentarse las magdalenas ambulantes á esperar el reclamo de la bestia que pisoteará su cuerpo de culebra!—Salve á ti, que tienes no sé qué semejanza con una bandera á todo viento!

Salve, oh mar, que rujes á lo lejos! ¡Cómo gozo viéndote que te crispas, poeta salvaje, y cantas las epopeyas sublimes del desorden!—Salve, bestia felina! ¡Con qué júbilo te miro cuando enarcas el lomo al recibir la caricia de los huracanes que te hablan de lejanas tormentas y de sordas vorágines! —Salve á ti, que sientes las ansias de la destrucción y el exterminio, y la nostalgia de los naufragios y las hecatombes!—Salve á ti, tenebrosa masa líquida!—Salve á ti, que todo lo igualas; que así arrojas la zarpa sobre el frágil leño del chango pescador como sobre el enorme trasatlántico, sobre los barcos cazadores de cetáceos, como sobre los cazadores de gentes, — estos recios acorazados que llevan á donde quiera la expresión de los odios humanos! Salve á ti, oh mar! A ti que arrullaste mis primeros sueños! Cuando te veo encrespado como una inmensa cabellera de león, cuando te veo turbulento y enrojecido, te admiro mucho más porque pienso que en tu lecho insondable se están revolviendo el fango con la perla y el estiércol con la púrpura!

Y ¡salve á ti ¡oh noche negra y profunda! túnica inconmensurable, extendida sobre el mundo! Salve á ti, noche inmensa é impenetrable como todos los misterios! A ti, que sientes la belleza de tu propia tiniebla, y llevas en cada sombra un prodigio y en cada estrella una sonda que explora la soledad de lo infinito! A ti, que eres la muda confidente de los pobres y los desamparados, de los viajeros y de los bandidos! A ti, que contemplas la batalla formidable del genio que crea, del apóstol que guía, del profeta que augura, del poeta que canta; la batalla eterna de todos los videntes y de todos los iluminados! A ti, que protegiste el nacimiento de Cristo en medio de la corrupción de la sociedad antigua, y el nacimiento de la América en medio de la corrupción de la sociedad moderna, salve á ti! —Salve á ti, que eres la amparadora del sueño, que es la tregua; y la hermana de la muerte, que es el eterno sueño,—la tregua indefinida!

Suburbio triste y solitario, poderosas ráfagas del Norte, nubes sombrías, aguaceros fecundos, arroyo turbulento, mar embravecido, noche negra y majestuosa, salve á todos vosotros! Vosotros sois mi musa! Por venir á vosotros, he abandonado la santa paz de la tierruca; el encanto de aquellos claros de luna; de aquellos follajes verde-oscuros; de aquel río que pasaba entre verduras, limpio y claro; de los rumores de aquellos campos; del perfume de aquellas espigas en el Estío, y de aquellas vendimias en el Otoño! Por empaparme de vosotros, no guardo del lejano rincón de la provincia más que los recuerdos negros: la miseria de los explotados de allá, de los que con barreno y combo, con pala y arado, perforan la montaña ó labran la llanura para sus amos! Oh, los taciturnos mineros y los errantes inquilinos! Pobres bestias de carga que no poseen siquiera el palmo de tierra para el reposo eterno de sus cenizas, y cuyos cuerpos están condenados á la profanación de los buitres y los perros en lo alto de alguna roca ó en el fondo de un solitario barranco!

Salve á vosotras, cosas revolucionarias! Por reflejaros en mis cantos, he cerrado con siete llaves en lo más hondo de mi ser, el cariño sagrado á la pobre madrecita, la veneración á las hebras blancas de su pelo y á las tristes arrugas de su frente! Por ser vuestro poeta, he dicho adiós para siempre á la ternura de mi único ensueño adolescente, y hoy esquivo la visión obsesora de la casta virgen pálida, de la mujer amada, de la novia blanca y rubia que soñé un día llevar hasta el ara del santuario para que la plata de sus azahares nevara sobre el oro de mis laureles!

Y ¡salve á vosotras, quimeras que nadie comprende y que en mí son un mundo de angustias y alegrías, espasmos de redención y delirios de anarquía, adioses de crepúsculos y bienvenidas de auroras, hálitos de cumbres y vértigos de abismos, esplendores de antorchas y flamear de rojas banderas victoriosas!...

NOCHE... Y en tanto que afuera se destacan los relieves de suburbio como en un fondo de plombajina gris, y soplan los soplos boreales; en tanto que se atropellan arriba las legiones de nubes, y caen los raudos chorros de la lluvia, en tanto que el arroyo se aleja culebreando, y se revuelven á lo lejos los oleajes del mar, adentro, en la penumbra del cuarto desmantelado, el bohemio se ha sentido ungido por el óleo misterioso del Arte, se ha fingido ser como una gigante lira de veinte cuerdas .. Ha vibrado como una lira y por la ventana que cruje, ha arrojado á los espacios, virgen y alada, la gran canción de sus veinte años!

VÍCTOR DOMINGO SILVA.

Valparaíso.

Coconí Bonafoux

Coconí, nombre de flor,
ó de pájaro, ó de gema
de la Biblia. Es un poema
hecho de trino y frescor.
Coconí es el cocotal,
y el picaflor, y la miel,
y el mirlo sobre el laurel
al lado del manantial.
Flor del sol, botón de aurora,
pequeñita soberana,
maravillosa *mañana*
que eres un divino *ahora*.
Junto á la amable tormenta
que tienes por padre, sueña.
Tu almita, que está pequeña,
¡si vieras cuánto le alienta!
Quisiera ver, Coconí,
cuando tú seas mujer,
la cara que has de poner
al acordarte de mí.
Tu linda boca dirá:
«Bellos versos me escribió
aquel señor que pasó..
y que quería á papá.»

RUBEN DARÍO.

Politeama

DOLORES MALDONADO



Dolores Maldonado

Esta noche tiene lugar en nuestro cómodo Politeama, que desde hace tanto tiempo está actuando con beneplácito de todo nuestro público que noche á noche lo llena, el beneficio de la primera tiple Lola Maldonado.

La excelente artista beneficiada ha conquistado una simpatía y reputación merecidísimas en el tiempo que se halla entre nosotros, por sus relevantes condiciones de voz, clara, dúctil, y el vasto conocimiento de las tablas, que la hacen poseedora de todos esos secretillos de bambalinas adentro que tanto atraen y subyugan á los públicos inteligentes. Todos los papeles á su cargo, ya tristes, de visos dramáticos, ya alegres, ingenuos, de los más risoteros, sabe desempeñarlos con una conciencia completa de artista en toda la acepción de la palabra. En los extrechos límites del género chico que en honor á él tiene á veces alturas dignas del teatro mayor, del género grande. Lola Maldonado es una notabilidad, porque á más de la escuela indispensable, se posesiona de los papeles con el alma, como si los viviera, y de ahí que nos resulten tan espléndidas las noches de Politeama, en que ella tiene su parte en el programa. Su inteligencia tiene amplitud para abarcar todas las situaciones, todos los mirajes de la vida y del corazón de la mujer, y sobre todo de la mujer española, tan expansiva y locuaz cuando ríe, tan sentimental y tan sublime cuando llora.

En las piezas elegidas para su beneficio de hoy, «El sombrero de plumas», «El grumete», «Piquito de oro», y «La casa de te», Lola Maldonado demostrará una vez más lo mucho que vale, y el público que hoy asistirá al Politeama, que será numeroso, le tributará, no hay que dudarlo, la más sincera de las ovaciones.

ELENA RODRÍGUEZ

Prueba elocuente de lo que valen las condiciones artísticas en una mujer discreta, ha sido la representación que en beneficio de la primera tiple señorita Elena Rodríguez, tuvo lugar en el Politeama el miércoles 11 del corriente. Su aparición en la escena fué saludada por un aplauso cariñoso y atronador, como que emanaba de un público que ha sabido reconocer y confirmar una fama adquirida después de largas giras artísticas. En el transcurso de la representación, cientos de ramos de flores cayeron á los pies de la beneficiada, mientras innumerables palomas soltadas de los palcos y cazuela, aleteaban en la sala rozando los rostros de los espectadores.

Los regalos que obtuvo la señorita Rodríguez fueron numerosos y ellos le recordarán, en medio de sus triunfos en tierras lejanas, á este pequeño Montevideo que de una manera tan afable ha sabido acogerla.



Elena Rodríguez

En la segunda sección se representó «La Fiesta de San Antón», una de las obras que mejor interpreta la conocida artista valenciana. «El Cartagenero», estrenada en tercera, original del doctor Santero, es una hermosa zarzuela en la que las situaciones dramáticas, hábilmente combinadas con detalles cómicos de buena ley, hacen que el público se mantenga en una constante alternativa que redunda en beneficio de la pieza.

n

Quien paga el pato (Por Muley)



Don Bonifacio es un excelente sujeto, con setenta años encima y una candorosidad de virgen.

Pero en cambio tiene un hijo, llamado Pancho, que es una verdadera pesadilla para el anciano padre.

El muchacho es el reverso del autor de sus días. No hay cosa en que no se meta, venga ó no venga al caso, ni poder humano que contenga su lengua movediza é indiscreta.

Desde que canta el gallo hasta que cie-



¡CÁLLATE. PANCHO!

rran las tiendas, no se oye otra cosa en casa de don Bonifacio que la algarabía del muchacho y la cascada voz del viejo que repite incesantemente, ¡cállate, Pancho!

Pero Pancho no se calla nunca. El otro día empezó á leer en un periódico . «La honradez acrisolada del señor don Fulano de Tal. .» Vea Vd., papá, añadió: á un rico le dicen como una gran cosa que es *honrado*. ¡Vaya una gracia!

¡Cállate, Pancho!

—Pero si digo la verdad. Figúrese Vd., á un gato, ahito de tocino, que no roba en la despensa porque está lleno. ¿Dónde se halla el mérito? Figúrese Vd. otro gato hab iento, que vé colgada una morcilla y se la come. Me dirá Vd., que este es gato ladrón. y el otro gato serio y honorable.

—¡Cállate, Pancho!

—Es que me da rabia ver estas cosas. Honrado se le dice, por ejemplo, á un empleado del Resguardo, de esos que no saben cuando cobrarán su sueldo, debiéndole á todos los santos, y que rehusan un puñado de cóndores por cerrar un ojo; honrado es el cobrador famélico, que va con los bolsillos repletos de dinero ajeno y no gasta un real, aunque se quede sin comer; pero la honradez de los señores acaudalados me hace el efecto que si viera á Nuestro Señor Jesucristo con un sombrero de Jipijapa.

—¡Cállate, Pancho, que me está doliendo la cabeza!

Usted no sabe, papá, como son las co sas, porque ya está perdiendo los estribos; pero yo que abro recién los ojos á la vida estoy asombrado de lo que veo. Cuando Vd., lea elogios y encarecimientos á una persona de carácter público, tenga la seguridad de que le cuesta su dinero; cuando Vd.. vea que un grupo de *amigos de la justicia*, ó de *ciudadanos imparciales*, sale en defensa de algún probo funcionario *calumniado*, no le queda duda de que la *laia* es del propio interesado; cuando se pide el nombramiento de algún sujeto, para tal ó cual destino. por los méritos y virtudes raras que posée, apueste que el *bombo* es del mismo pretendiente; cuando oiga Vd , hablar de *combinaciones*, escurra el cuerpo y safe el bulto, porque es indudable que se trata de algún enredo ó entripado de dudosa ortografía.

—¡Cállate, Pancho!

—Porque esa *combinación* papá, es como la hoja del plátano para los tamales, que sirve para envolver el bolo. Si Vd. quiere, por ejemplo. gastarse la plata agena para pagarla el dia de San Blando, hace Vd., por ejemplo, lo que ahora llaman una combi nación, y antes llamaban una picardia

—¡ Call... ¡ coj ! . . ¡ coj ! . . ¡ coj !. . No me hagas toser muchacho

—¡Todo es un puro engaño, papá! Ya estoy aburrido Al que sube lo zahuman; al baja le dan palo; al humilde lo atropellan al poderoso lo adulan. Ignorantes conozco yo cargados de dinero. cuya opinión se oye con el mayor respeto, aunque digan necedades y estén oliendo á pesebrera; hombres de talento hay que andan por alli asediados por la indiferencia pública, camino de la miseria

—¡Cállate, Pancho!

—¿Y que me dice Vd. de esos llamados filántropos. que serian capaces de dejar morir de hambre á su abuela; de esos Catones modernos á quienes no se les puede confiar una alcancía? Y todo esto, papá, es el elemento que flota, que lo satura todo, que está sobre todo, que .

¡Basta! exclamé yo entrando. Basta de discursos, Pancho.

Y como yo soy, su padrino y le ronco fuerte, calló en el acto y se retiró

—¿Porqué consientes, le dije al padre,que diga tu hijo tantos desatinos?

—No son desatinos, me repuso Bonifacio acercándose á mi oido y hablando en voz baja: todo lo que dice es la pura verdad.

—¡Cállate, viejo! exclamé yo entonces, tapándole la boca.

JACK THE RIPPER.

JOSÉ PALMADA

Su beneficio



Palmada en el «Puñao de rosas»

La serie de beneficios en que ha entrado la empresa del Politeama, indican que, desgraciadamente, ésta va tocando á su fin.

Y efectivamente es así. La compañía Palmada se nos aleja tal vez el 18 de febrero, en pos de nuevos lauros, mas con la *trouppe* debilitada por la pérdida de ciertos elementos importantes. El sábado pasado, con motivo del beneficio del señor Palmada, una enorme concurrencia invadió todos los pasillos y rincones del teatro, recibiendo el beneficiado la agradable sorpresa de ver en boletería el tablero que dice: *No hay más localidades*.

Y en efecto, todo había volado, y se hubiera vendido el doble, si el Politeama hubiera podido, como el Acrópolis, congregar en su recinto un número incalculable de personas.

No faltó en el programa, como era de esperarse, el celebrado «Puñao de rosas», la obra que á nuestro juicio ha conmovido más fuertemente la fibra artística del actor Palmada. Su notable creación de «Tarugo» perdurará entre nosotros, y con ellas como base, rechazaremos en adelante á todos los Tarugos que no sigan las huellas del que tan intensamente nos ha impresionado.

En el intervalo de la 3.ª sección estaba anunciado el monólogo *Ya soch aquí*, completamente inofensivo para las repúblicas americanas, á pesar de la grita que levantó en ambas orillas del Plata cuando Palmada, de regreso en su patria, lo recitó en uno de los teatros de la península.

Una el beneficiado á las muchas pruebas de afecto recibidas con motivo de la función del sábado, nuestras mas sinceras y ardientes felicitaciones.

Gustavo Garzón

PETICIÓN AL EJECUTIVO



Gustavo Garzón

Con motivo del enojoso asunto de la «María Madre», satisfactoriamente solucionado después de largas y difíciles gestiones, el superior gobierno envió con toda urgencia á Paysandú al señor Gustavo R. Garzón, para que se hiciera cargo, en carácter de interino, de la Receptoría de aduana de aquella ciudad. En todas las tramitaciones que precedieron al arreglo del incidente, el señor Garzón intervino de una manera directa, valiéndole la actitud correcta que observó, la aprobación y el aplauso de nuestras autoridades superiores. A pesar de su corta estadía en la población sanducera, ya ha podido distinguirse como elemento valioso y necesario, que como tal, goza de general estima y simpatía.

Tan es esto cierto, que á la mayor brevedad posible será elevada al superior gobierno una solicitud, en la que se pide á éste conceda al señor Garzón la efectividad en el puesto que desempeña. Los respetables vecinos de Paysandú señores Eugenio Plottier, Eugenio Sacarello, don Pascual Troise y Rodolfo B. Viera, iniciadores de esos trabajos, han obtenido para el citado petitorio, las firmas de los más valiosos elementos de aquella zona de nuestra República.

No dudamos que el poder ejecutivo, haciendo un acto de estricta justicia, accederá á la demanda, desde que, tanto por las prendas personales cuanto por sus condiciones de oficinista y vastísima ilustración, el señor Garzón podrá hacer mucho bueno en bien de la administración pública.

A LOS SUSCRITORES DE CAMPAÑA

La dirección de este semanario ha resuelto, dada la importancia del problema presidencial, enviar á los suscritores de campaña todas las hojas sueltas que en la capital se vayan imprimiendo á favor de tal ó cual candidato. En tal sentido, adjuntamos con el presente número los «Rasgos biográficos del ciudadano don José Batlle y Ordóñez», rogando á los señores suscriptores que no la reciban, se sirvan comunicarlo á esta administración.

Departamento de Maldonado

«PIRIÁPOLIS»

En un apartado rincón de nuestro suelo, y á los pies de los hermosos dominios del Pan de Azúcar, se eleva una mansión tan magestuosa como el cerro que la contempla. Son las posesiones del señor Francisco Piria, hombre progresista y entusiasta, cuyas obras bienhechoras y laudables han contribuído poderosamente al adelanto de nuestra república.

Industrial tesonero, ha llevado á la realidad lo que en un tiempo se creyó una quimera, y el antiguo martillero de carpa volátil es hoy un fuerte acaudalado, poseedor, tal vez, del mejor establecimiento vitícolo del país.



1 2 3 4 5 6

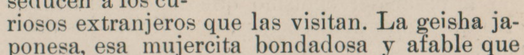
Las fotografías que de «Piriápolis» publicamos, representan: 1.ª Vista general del castillo. 2.ª Portada del castillo. 3.ª Estátua de Neptuno. 4.ª La glorieta. 5.ª Cochera. 6.ª Castillo de Piriápolis.

Chinos y japoneses



Curiosa es la página que ofrecemos, adornada, si así puede decirse, de representantes de esa raza retrógrada en la que no germina la semilla de la civilización y del progreso.

Aislados en sus dominios, sin contacto de ninguna clase con las demás naciones, todas sus obras llevan el sello del espíritu extravagante que los anima, conservado puro á través de la constante evolución de la humanidad. Pacientes cultivadores del arte, de ese arte espontáneo y fácil que solo obedece al mayor ó menor refinamiento del individuo, sus producciones son por tanto caprichosas y originales, y tal vez la primitiva manifestación de ese «Art Nouveau», que ha repercutido rápidamente en todos los rincones de la tierra. De rostro mal confeccionado, abultado por pómulos salientes, ojos pequeños pero vivaces y nariz chata y aplanada, su fisonomía es chocante y desagradable, si bien realzada en algo por la flexibilidad de su talle, envuelto graciosamente en las sedas multicolores de las kimonas. La verdadera belleza para ellos reside en el pie, y ven en la buena conformidad y pequeñez de la extremidades inferiores el mayor símbolo de hermosura y distinción. De ahí las largas torturas que imponen á las jóvenes que nacen con esas extremidades desarrolladas en demasía, sobre todo si se trata de una representante de la extirpe regia ó de alguna familia del extremo oriente con visos y ribetes de aristocrática. Amigas de las flores, siempre lucen en su cabellera preciosos ramos naturales ó artificiales que se destacan como una diadema entre la red de sus cabellos ennegrecidos.



Las mujeres son, por lo general, pequeñas, diminutas, animadas de refinada coquetería con la que agradan y seducen á los curiosos extranjeros que las visitan. La geisha japonesa, esa mujercita bondadosa y afable que anima con sus cantos y sonrisas las curiosas «casas de the», sabe seducir con arte parisien á todo el que acude á su tienda á beber en la fina porcelana el néctar sabroso que los transporta y los embriaga.



Eliseo Reclus que ha tenido ocasión de tratarlas muy de cerca, dice refiriéndose á chinas y japonesas:



A pesar de ocuparse de los trabajos más rudos, conservan siempre la delicadeza de sus formas; diferentes en esto de las europeas, no pierden nunca la elasticidad de su cuerpo ni la gracia de sus movimientos. Tienen la costumbre de cubrir el rostro con una capa de arroz, lo que les da un aspecto de melancolía.

Sociedad «No queremos más socios»

El pasado domingo efectuó su primer gira campestre en la quinta «Los Mellizos» de Punta Carretas, la sociedad recreativa «No queremos más socios».



Prendele que son sardinas



La sociedad con su orquesta

Y á pesar del egoísmo que denota su título, «No queremos más socios», que limita las proporciones del centro social y de sus fiestas, hubo en su tenida del domingo una alegría y una comunión bulliciosa que ya la quisieran tener algunos otros centros más numerosos. Se comió democráticamente en una mesa improvisada bajo los árboles, se cantó con toda la espontaneidad de las expansiones, se «hizo» música con la orquesta social, y en fin, se «hizo» también jarana durante todo el día, que consagró el éxito de futuras fiestas sociales y el recuerdo cariñoso de la primera que acabamos de reseñar.

Las fotografías que acompañan estas líneas están tomadas en dos momentos solemnes para los «No queremos más socios»: en el instante de rodear la batería de platos, tazas y cubiertos para entrar en funciones, y en el acto en que la orquesta adjunta rodeada de sus compañeros, marcaba el primer compás de una alegre marcha.

Los rebeldes de Margueritte



El juicio

Ante la Corte de Assises de Montpellier (Francia), se vió en juicio público la causa de los jefes de la rebelión en Argelia contra las autoridades que Francia tiene en esa posesión. Las causas que motivaron al gobierno francés á llevar este juicio á una de sus Cortes, se deben al temor bien fundado de que los tribunales de Margueritte mostraran su parcialidad en el hecho y mitigaran, cuando menos, la gravedad de la sentencia á que esos rebeldes argelinos se han hecho acreedores. Los jueces de Argelia son en su mayoría naturales del país que tienen un miedo cerval á sus compatriotas, y un fallo enérgico en las causas nacionales, les hubiera valido, tarde ó temprano, una terrible *vendetta*. El grabado que publicamos presenta la sala del tribunal en el momento del juicio, atestada de acusados, que con sus turbantes y albornoces blancos ofrecen un aspecto extraño.

Nota filatélica



Publicamos el fac-símil de los nuevos timbres que el correo paraguayo acaba de habilitar, por haberse quedado en los últimos días del año pasado, sin los de esos valores pertenecientes á la emisión anterior. Como la cantidad de sellos habilitados ha sido limitadísima, no ascendiendo á 500 el número de cada uno de los tres que presentamos, hemos creído oportuno, dado el crecido número de filatélicos que entre nosotros existe, insertarlos en nuestro semanario, pues muchos de ellos ignorarán aún la existencia de la citada emisión.

El valioso regalo de "La Alborada"

DIALOGO CALLEJERO

—No has visto el aviso con el cual LA ALBORADA anuncia un regalo trimestral consistente en un cromo á 20 colores?

—Sí, lo he leído, pero no le he hecho caso, porque me parece casi imposible que puedan hacerlo.

—Y sin embargo lo harán, te lo aseguro, porque yo ya he visto los dibujos trazados por Olivella.

—Pues entonces la suscrición viene á salir tirada, motivo por lo cual, dudaba ya del ofrecimiento. Pero en vista de tus afirmaciones, mañana mismo me suscribo á ese periódico, que hablando imparcialmente es el mejor de toda la República.

—Yo siempre he pensado lo mismo, y desde su fundación, hace ya siete años, lo leo con el mayor gusto.

—¿Dónde queda la administración?

—Yo no recuerdo, pero me parece que es en la calle Río Negro ó Daymán, á la altura de Cerro Largo.

—Ah, sí! ya recuerdo, Daymán casi esquina Paysandú, número 52, si mi memoria no me engaña.

—Pués si quieres te acompaño hasta allí, ¿vamos?

—Vamos.

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$ 27.04	Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$ 10 20
Demetrio Errausquin—Maldonado	» 13.43	Alfredo M. Luc—Estación Cazot	» 7.80
Saturnino Mernies—Mercedes	» 9.00	Marcelino Moas—San Fructuoso	» 31.80
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	» 11.40	Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	» 10.80
Elvira García—Parado	» 9.10	Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	» 15.40
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	» 8 64	Vicente Bravo—San José	» 12.30
Francisco M. Sánchez—Minas	» 7.40	Gregorio García—San Carlos	» 5 80
Miguel Balvela—Itapebí	» 14.10	Jesús Sosa—Florida	» 7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

POR JULIO VERNE

Bourcart.—Lo cierto es que los mapas no indican ninguno entre las Kouriles y las Aleutias .

En efecto; los más modernos no indicaban ni placeres ni arrecifes en aquella parte del Océano, donde los meridianos 120 y 160 cruzan el paralelo 50. Cierto que, desde sesenta horas antes, las brumas habían impedido al capitán Bourcart tomar altura; pero la última observación le colocaba á más de 200 millas del archipiélago de las Aleutias. No era, pues, admisible que, desde el cálculo del 19 de Octubre, el viento ó la corriente hubiesen arrastrado al *Saint-Enoch* á aquella distancia.

M. Bourcart había extendido sus mapas sobre la mesa y los estudiab , indicando con la punta del compás la posición que su navío ocupaba calculando la distancia recorrida en tres días.. .Y aún extendiendo á 200 millas hasta las islas Aleutias, no encontraba ningún escollo.

—¿Y no puede haber acontecido—dijo el doctor Filhiol—que, posteriormente á o indicado en esos mapas, se haya producido un levantamiento del fondo en este sitio.

M. Bourcart no pareció rechazar esta hipótesis Realmente, y á falta de otra era admisible que por un impulso lento ó brusco, debido á la acción de las fuerzas plutónicas, el suelo submarino hubiera remontado á la superficie. ¿Acaso faltan ejemplos de tales fenómenos en las regiones donde aún se manifiesta el trabajo eruptivo? ¿Y no eran precisamente aquellos parajes vecinos de un archipiélago volcánico? Dos meses y medio antes, al atravesarlos, se habían visto al Norte las llamas del Chichaldinskoi, sobre la isla Ounimak.

Aunque tal explicación no dejaba de ser admisible hasta cierto punto la mayoría de los tripulantes debía rechezarla, como bien pronto se verá.

En fin, debida á ésta ó la otra causa, la varada del *Saint-Enoch* era un hecho Sondando á proa y á popa, el contramaestre Ollive no encontró más que cuatro ó cinco pies bajo la quilla.

El primer cuidado de capitán Bourcart había sido proceder á la visita de la cala. Juan María Cabidoulin y el carpintero Ferut vieron que la mar no había penetrado en ella.

Convenía esperar al día siguiente para determinar la naturaleza de aquel escollo desconocido, y ¡quien sabe si antes de que llegara el mal tiempo se habría conseguido poner á flote al *Saint-Enoch!*

La noche pareció á todos interminable. Ni los oficiales se retiraron á su camarote, ni los hombres al puesto. Era preciso estar dispuestos á todo acontecimiento. A veces se advertían movimientos de la quilla sobre el arrecife. ¿No saldría, por efecto de alguna corriente de aquél lecho de rocas? ¿No podía suceder que el navío deslizándose de la parte donde yacía, encontrase su línea de flotación?

Por precaución, el capitán Bourcart había echado al mar las piraguas, con la mayor cantidad posible de víveres, para el caso en que fuera preciso abandonar al *Saint-Enoch*. ¡Quién sabe si no sería preciso embarcarse en ellas para acercarse á las tierras más próximas! Estas debían de ser las islas Aleutias, á menos que, por efecto de circunstancias verdaderamente incomprensibles el navío hubiera sido arrojado fuera de su camino. Por lo demás, no corría el riesgo de naufragar, lo que tal vez bubiera acontecido á tener aún la ballena suspendida de su flanco

Entre otras eventualidades que podían contribuir á sacar al *Saint-Enoch* de aquella situación, M. Bourcart no dejaba de contar con la marea, aunque no ignoraba que éstas son muy débiles en el Pacífico;



pero ¿quién sabía si con que el barco se levantase algunas pulgadas quedaría á flote?

La marea había comenzado á las once: hasta las dos no sería pleamar.

El capitán y sus oficiales siguieron con cuidado los progresos de aquélla, anunciada por un ligero ruido de la corriente, perfectamente perceptible en la calma de la noche.

Por desgracia, la marea no produjo cambio alguno en la situación. El *Saint-Enoch* tal vez experimentó algunas ligeras sacudidas, y tal vez su quilla se deslizó ligeramente sobre el escollo . Y como en aquella época las mareas del equinoccio habían ya pasado, disminuyeron las probabilidades de poner á flote al *Saint-Enoch* en las lunaciones próximas.

